

# **EL ARIEL DE JOSE ENRIQUE RODO EN EL CREPUSCULO DEL SIGLO XIX HISPANOAMERICANO**

---

*Betulio A. Bravo*

---

## **1.- El siglo XIX y la personalidad hispanoamericana**

La inquietud por reconocerse en su propia historia y remozarse en la originalidad de la cultura hispanoamericana no formó parte esencial de las preocupaciones de las castas criollas de la colonia, acostumbradas como estaban a los beneficios de su aventajada condición económica y de sus conexiones con las metrópolis europeas. Pasarían 300 años de calma (1) para que ciertas élites despertaran a la conciencia crítica que

les ofrecía el mundo cambiante de entonces, haciendo vibrar en éstas el deseo de modelar una personalidad propia y autónoma.

Para el momento, España se debilitaba ante las ansias expansionistas de Bonaparte y descuidaba sus intereses en las colonias de ultramar. Era la ocasión para las élites autonomistas de enarbolar las banderas de la emancipación, desafiar al poder español y, por primera vez, atreverse a movilizar a un pueblo que les era extraño en su cultura y en sus intereses inmediatos. (2)

A Hispanoamérica habían llegado los ecos de la Ilustración francesa, removiéndole el letargo de la vida colonial. Nuestros intelectuales proclamaban los grandes ideales, las tertulias de los cenáculos se convirtieron en fogosas asambleas, los oradores hacían suya “la prosa sensible, la efusión lírica, la elocuencia y el empuje crítico y demoledor” de Rousseau, Chateaubriand, Víctor Hugo, Lamartine, Vigny y Montesquieu entre otros. El siglo XIX encendió el espíritu del patriotismo en aquella legión de sobresaltados idealistas para quienes la independencia se había convertido en una empresa impostergable.

Pero los sueños de libertad inspirados en la Ilustración no se harían realidad sino después de una larga y cruenta guerra contra la reacción española. Sólo entonces, las nuevas Repúblicas pudieron acceder —no sin cierto retraso— a los aires de la modernidad: Había prendido la idea de “Progreso”, (3) la cual acompañará a las sociedades decimonónicas y en la que los norteamericanos jugarían un papel preponderante y decisivo para el nuevo orden mundial.

Era el momento de indagar en los signos de la identidad hispanoamericana y sentar las bases para la constitución de las nuevas nacionalidades. Sin embargo, la atención de nuestros patriotas seguía concentrada en las referencias ideológicas de

Europa y ahora, de Norteamérica. José Martí así lo percibió y lo expresó con toda claridad: "A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen". (4)

Estas referencias ideológicas acompañarán la reflexión siempre inconclusa sobre la originalidad del ser hispanoamericano y los fundamentos culturales de las nuevas naciones. Se planteará la pregunta ¿Qué somos? ¿Acaso los herederos de una destrucción signada por una devastadora conquista? ¿El olvido irremediable de los orígenes? ¿La conciencia de una ausencia? ¿Nos redimirá el mestizaje en la amalgama de un hombre nuevo? Interrogantes que los hispanoamericanos intentaban responder sin atreverse a afirmar lo propio americano. El mismo Bolívar había reconocido en 1819 la complejidad de la identidad americana. En su discurso de Angostura afirma que nos encontramos frente a una ambigüedad más que ante un mestizaje: "el pueblo era más bien un compuesto de Africa y América que una emanación de Europa".

Desde una perspectiva como esta, el mestizaje, lejos de ser algo positivo "será la fuente de toda ambigüedad y ambivalencia"; (5) al hombre hispanoamericano "se le verá nadar o flotar, entre la realidad de que es expresión y realidades extrañas de las que quisiera ser parte". (6)

Durante el siglo XIX persistirá la tendencia de las élites hispanoamericanas a mirar con desprecio o indiferencia el pasado indígena y obviar la presencia viva de la negritud. Esta actitud incluía a los pintores de la época, los cuales seguían anclados en temas relacionados con alegorías clásicas y escenas bíblicas, mientras que el tema vernáculo se negaba a hacerse presente, se "escondía al indio y al mestizo porque se consideran repugnantes para la estética". (7) En tales circunstancias era improbable que se indagara sobre la originalidad del continente sin cierta ceguera y perplejidad ante la realidad racial que nos

identifica. Más tarde, la reflexión renacerá con fuerza, suscitando encendidas polémicas en la intelectualidad que veía con horror la indefinición de nuestra personalidad como pueblo en las postrimerías del siglo.

Ante la conducta de quienes renegaba de su propia conformación étnica y cultural, José Martí les reprochaba: "Estos nacidos de América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, bribones, de la madre enferma y la dejan sola en el lecho de las enfermedades". (8) Más sin embargo, los mismos que negaban su pasado continuaron siendo el pasado de la conquista y del colonialismo durante el siglo XIX.

El final de siglo va repercutir sensiblemente en la visión de la modernidad por parte de los hispanoamericanos. Se constituirá, para la conciencia finisecular, en una especie de frontera al ejercicio de la razón, en una sensación de vacío ante la historia; en definitiva, se convertirá en la desesperada búsqueda de equilibrio en el borde de una pendiente. Recordemos que para entonces se imponía, en la mayoría de nuestros pensadores y dirigentes, una visión pesimista sobre la realidad que a todas luces parecía ingobernable.

No podía ser más decepcionante el hecho que después de remontar los difíciles obstáculos de la violenta reacción española, cuando se creía haber entrado en la historia con personalidad propia gracias al formidable esfuerzo de hombres como Bolívar y San Martín, del magisterio de humanistas como Andrés Bello y el sacrificio de muchas vidas que fueron tributo a la causa utópica de la libertad; (9) la realidad estaba demostrando lo contrario: Las nuevas Repúblicas se habían sumido en el caos y eran presa fácil del despotismo. En tales circunstancias, era comprensible el desencanto y el escepticismo de muchos ante un porvenir tan incierto.

Aquel período de final de siglo encontraba a las nuevas naciones desbordadas por las contradicciones políticas y las divisiones intestinas. Apasionadas fracciones habían llevado a extremos insospechados la agitación de las ideas políticas, en medio de un ambiente signado por feroces luchas de grupos oligárquicos que corrían detrás del poder recién conquistado. A despecho de los idealistas de la emancipación americana, estas fracciones conducirán a las nuevas Repúblicas hacia la anarquía, dando lugar a la aparición de cuadillos y desencadenando insurrecciones, golpes de estado, dictaduras y guerras civiles.

Para el momento, el vocabulario político “no era tanto el de la democracia como el de su ausencia”. (10) El auge del “liberalismo”, el cual se presentaba como la nueva promesa de libertad y de progreso, se esfumaba en tanto que muchos de sus detentadores obtenían privilegios de parte de las oligarquías criollas.

El advenimiento de la modernidad exigió, a los países de la América del Sur, grandes cambios en el orden económico y en el orden espiritual. Desde las últimas décadas del siglo XIX se venía desarrollando entre los diversos pensadores de la época cierta renovación ideológica y científica impulsada por el Positivismo. De allí el nacimiento impetuoso del “Modernismo literario, una filosofía de creación artística americana, que establecerá desde entonces y en adelante la capacidad fehaciente del Nuevo Mundo para la obra propia, distinta y notable”. (11) Hispanoamérica intentará la renovación llevando consigo las reminiscencias del Romanticismo.

## **2.- Ideas para un nuevo tiempo**

No obstante la convulsionada realidad hispanoamericana, ciertos grupos de intelectuales de la época, intentaban solazarse con las doctrinas filosóficas de Europa y de

Norteamérica, queriendo encontrar en éstas las respuestas a las interrogantes de vieja data sobre nuestra personalidad y nuestro destino histórico. Aquellos “emancipadores mentales” entre los que se destacaron: Domingo Faustino Sarmiento, Justo Sierra, Juan Bautista Alberdi, José Victorino Lastarria, y José Enrique Rodó entre muchos otros, difundirán sus ideas a través de revistas y diarios —los que a la postre, habían proliferado impulsados por la agitación de las ideas— y en algunos casos, llegarán a un público más amplio a través de la creación literaria; por ejemplo el *Facundo* de Sarmiento y el *Ariel* de Rodó.

Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) expondrá su proyecto civilizador siguiendo el ejemplo de los norteamericanos. Vencer las fuerzas de la barbarie constituía el compromiso inaplazable de la civilización. Sarmiento se identificará como “un intermediario entre dos mundos distintos”, a lo cual agrega: ...empecé a ser hombre entre la colonia española que había concluido y la República que aún se organizaba; entre la navegación a vela y el vapor que comenzaba. Mis ideas participan entre dos ambientes. Yo soy el único que quedó gritando: mueran los godos! Pertenezco a los viejos revolucionarios de la independencia, y voy con la teoría de entonces y la práctica norteamericana, contra lo que queda de la vieja colonia” (12) Inspirado en las ideas del Positivismo, Sarmiento emprenderá una cruzada “civilizadora” que lo llevará a la presidencia (1868-1874). No le cabía la menor duda y así lo proclamaba que: “Había antes de 1810 en la República Argentina dos sociedades distintas, rivales e incompatibles: dos civilizaciones diversas: la española europea, civilizada, y la otra bárbara, americana, casi indígena...” (13) Su admiración por la gente del Norte lo animaba a proponer a los países de Hispanoamérica: “alcancemos los Estados Unidos... Llamamos los Estados Unidos del Sur”.

Justo Sierra (1848-1912) por su parte, proclamaba en 1902: “habría que se de los mexicanos los yanquis del Sur” y

Juan Bautista Alberdi (1810-1884) afirmará que: “la América practica lo que piensa Europa”, (14) por lo que ripostaba a sus contemporáneos: “...no temais encadenaros al orden y la cultura”.

La idea de progreso ha removido también el ambiente artístico de nuestros países. Llegan los ecos del “art nouveau” europeo, movilizando a artistas de la talla de Saturnino Herrán en México y Carlos Federico Sáez en Uruguay. Los arquitectos transforman las ciudades con las construcciones en metal. Se construyen ferrocarriles, puentes y viaductos. El manifiesto futurista de Marinetti consigue seguidores en el continente y se constituye en el canto al progreso: “Declaramos que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza: La belleza de la velocidad. Un automóvil en carrera con su caja ornada de tuvos como serpientes de aliento explosivo...” (15)

Rubén Darío (1867-1916), impresionado por el arrollador empuje de los norteamericanos, escribió en 1905 un poema a Roosevelt: (fragmento)

“Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena,  
que aún reza a Jesucristo y aún habla español.

José Enrique Rodó (16) (1871-1917) formó parte activa de la generación que marcó pauta en el pensamiento hispanoamericano de principios de siglo. En aquel agitado escenario, donde rebullían las ideas del positivismo, Rodó reaccionará con lucidez y obstinada pasión en reclamo de la definición autónoma de nuestra personalidad como pueblo, anticipándose a los acontecimientos que revelarán a los Estados Unidos en todo su poderío y en sus ansias de dominación.

El escritor uruguayo descubrirá en la literatura de exhortación una extraordinaria oportunidad de ampliar el auditorio que habría de reflexionar sobre sus planteamientos. El "Ariel" de Rodó vio la luz en 1900, año crucial para la discusión de nuestra identidad cultural. Escrito con el estilo propio de la retórica modernista, con fino cuidado del lenguaje y el inteligente uso de la argumentación que busca persuadir y captar seguidores; "Ariel" se convirtió al poco tiempo en el libro de consulta de jóvenes intelectuales de nuestro continente.

### 3.- Los símbolos prestados de la identidad

"Salud, noble dueño, grave señor!  
salud!, vengo a realizar tus deseos,  
bien sea para volar, nadar, sumergirme  
en el fuego, cabalgar en las rizadas  
nubes..."

Ariel "La Tempestad"

José Enrique Rodó salió en defensa de la latinidad frente a la peligrosa influencia del pragmatismo nortamericano. Sus referencias ideológicas—como era natural para la época—eran fundamentalmente de origen europeo. En especial las que le llegaban a través de la lectura de los utopistas franceses como Ernest Renán. (17) Debemos suponer que fue por intermedio de la obra de Renán que José Enrique Rodó tuvo relación con los personajes simbólicos de la "Tempestad" de Shakespeare. El filósofo francés había publicado en 1877 un texto llamado "Calibán, una continuación de la Tempestad".

Rodó se vale entonces de un procedimiento intertextual y toma para sí el personaje de Ariel como símbolo de la espiritualidad y de la plenitud del pensamiento para oponerlo a Calibán, representación de los instintos desatados de la conciencia materialista tan en boga entre sus contemporáneos.



Para Rodó: “La civilización de un pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ella son posibles”. (18)

Mariano Picón Salas, al referirse al *Ariel* dice lo siguiente: “Nuestro José Enrique Rodó —aquel adolescente penseroso, retratado en la primera edición de su juvenil libro— interpretaba la discordia entonces muy viva de las dos Américas como los dos personajes simbólicos de *La Tempestad* Shakespereana; como el conflicto entre el alado Ariel, para quien la única realidad es la de los sueños, y el rudo Calibán que chapotea en el lodo terrestre...” (19). Hispanoamérica no ocultaba su admiración por el poderoso país de Norte —simbolizando en Calibán— por lo que se le trataba de imitar no logrando más que “deformar las líneas del modelo. El engaño de los que piensan haber reproducido en lo esencial el carácter de una colectividad humana, las fuerzas vivas de su espíritu y con ellos, el secreto de sus triunfos y su prosperidad (...) hace pensar en la ilusión de los principiantes candorosos que se imaginan haberse apoderado del genio del maestro cuando han copiado las formas de su estilo o sus procedimientos de composición” (20)

Ariel abrevará en las fuentes de la cultura grecolatina para encontrar en ella el genio y la originalidad que tanto ha buscado: “Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la “personalidad”. Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autónoma, tenemos —los americanos latinos— una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro” (21)

La evocación de la antigua Grecia —según el crítico Henríquez Ureña— (22) era muy frecuente entre los Parnasianos franceses. Es evidente también que el Ariel hace mención de la Grecia de Renán.

#### **4.- José Enrique Rodó: Una visión optimista**

La prosa encendida de José Enrique de Rodó exhalta a la juventud de América hacia la creación de una nueva esperanza para el porvenir. De este modo, el escritor uruguayo se opondrá al pesimismo reinante entre algunos círculos de intelectuales y al optimismo engañoso de los Positivistas. Su discurso se caracteriza por el entusiasta optimismo: "Ariel resurge inmortalmente. Ariel recobra su juventud y su hermosura, y acude ágil, como al mandato de Próspero al llamado de cuantos le aman e invocan en la realidad" (...) "Recuerdo que una vez que observaba el monetario de un museo, provocó mi atención en la leyenda de una vieja moneda la palabra esperanza, medio borrada sobre la palidez descrépita del oro". (23)

Esta visión idealista de la realidad de América abierta a las influencias del mundo pero que, al mismo tiempo, reclama el esfuerzo de la imaginación creativa, convierte a Rodó en un profeta extraño y solitario. En este sentido, su temple lo acerca al sueño americano de José Martí para quien "la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación...". (24) El llamado del *Ariel* es para provocar cambios profundos que permitan enfrentar los retos de nuevo siglo: "...el esfuerzo de los hombres, la fe en el porvenir, la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo". (25)

La obra del escritor uruguayo merece ser estudiada como un hito importante en la búsqueda de respuesta a las controversiales interrogantes del hombre hispanoamericano signado por un pasado de destrucción, de negación de lo propio y el olvido. Para terminar decimos con Leopoldo Zea: "Sacar a flote el mundo oculto del hombre y la cultura de esta región de América, oculto por yuxtaposiciones, será el proyecto de la generación que siguió a los Martí y Rodó y las que han continuado hasta nuestros días. Búsqueda de la identidad cultural de

esta América, partiendo de experiencias como las del colonialismo y el neocolonialismo sufridos. Hacer de lo negativo punto de partida de lo positivo...” (26)

## NOTAS

- (1) En julio de 1811 Simón Bolívar reclamó desde su púlpito en la Sociedad Patriótica la pasividad de las colonias que durante tres siglos aceptaron sumisas el dominio de España.
- (2) Este extrañamiento de las élites patriotas con respecto a las mayorías populares adquirirá mayor dramatismo en 1814, cuando José Tomás Boves logre atraer a los grupos de pauperados de la población hacia la causa española.
- (3) Leopoldo Zea, en su introducción del libro *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*, afirma que durante el tránsito entre el siglo XIX y el siglo XX se desarrolló la tendencia de los latinoamericanos a convocar a sus países a unirse al carro del progreso, aunque fuese como furgón de cola del mismo”.
- (4) MARTI, José. *Política de Nuestra América*. Siglo XXI Editores. México 1977. p. 39.
- (5) ZEA, Leopoldo. “América Latina: Largo viaje hacia sí misma”, en *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. Fondo de Cultura Económica. México. 1993. p. 289.
- (6) *Ibidem*, p. 232.
- (7) IÑIGO MADRIGAL, Luis. (Coordinador) *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Tomo II. Ediciones Cátedra. Madrid 1993. p. 67.
- (8) MARTI, José. *Ob. cit.* p. 38.
- (9) Esta percepción de la gesta heroica hispanoamericana quedará plasmada en las pinturas de venezolanos como Martín Tovar y Tovar (1827-1902), de su discípulo Antonio Herrera Toro (1857-1914) y Arturo Michelena (1863-1898).

- (10) GUERRA, Francois-Xavier. Ob. cit. p. 468.
- (11) CARRERA, Gustavo Luis. "La literatura y el teatro. Antecedentes. El barroco, neoclasicismo, romanticismo, modernismo. Desde 1930 hasta hoy" en *Iberoamérica una comunidad*. Monte Avila Editores Latinoamericana e Instituto de Cooperación Iberoamericana. Caracas 1992.
- (12) SARMIENTO, Domingo Faustino. "Diario de Murinac" 1871. Tomado de *Facundo*. Biblioteca Ayacucho. Caracas. 1977. p. 356.
- (13) Citado por ZEA, Leopoldo en la introducción del libro *Pensamiento Positivista Latinoamericano*. Biblioteca Ayacucho. Caracas 1980. p. XXIII.
- (14) ALBERDI, Juan Bautista. "Ideas para presidir la confección del Curso de Filosofía Contemporánea" en *Pensamiento Positivista Latinoamericano*. Ob. cit. p. 65.
- (15) MARINETTI, F.R. "Manifiesto Futurista", reproducido en *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*. Selección de Nelson Osorio T. Biblioteca Ayacucho. Caracas 1988. p. 21.
- (16) José Enrique Rodó militó en el partido Colorado y participó en el Parlamento de su país en tres oportunidades, abandonado luego la acción partidista decepcionado por las componendas políticas. Escribió en diversas revistas y periódicos de Montevideo y de otros países latinoamericanos. Su obra literaria: *La Vida Nueva*, (1897), *Liberalismo y Jacobinismo* (1900), *Ariel* (1900), *Motivos de Proteo* (1909) y *El mirador de Próspero* (1913).
- (17) Rodó hará suyas las tesis de Renán sobre la sociedad y democracia. Este aristócrata pondrá en cuestión las ideas igualitarias de la comuna francesa, oponiéndolas al modelo selectivo de una democracia ideal basada en el elevado espíritu de la cultura.

- (18) RODO, José Enrique. *Ariel, motivos de Proteo*. Biblioteca Ayacucho. Caracas. 1976. p. 25.
- (19) PICON SALAS, Mariano. "Américas desavenidas", en *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. Ob. cit. p. 373.
- (20) RODO, José Enrique. *Ibidem*. p. 34.
- (21) RODO, José Enrique. *Ibidem*. p. 35.
- (22) HENRIQUEZ UREÑA, Max. *Breve historia del Modernismo*. Fondo de Cultura Económica. México 1954.
- (23) RODO, José Enrique, *Ibidem*, p. 54.
- (24) MARTI, José. "Nuestra América" en *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. Ob. cit. p. 125.
- (25) *Ibidem*, p. 10.
- (26) ZEA, Leopoldo. *América Latina en sus ideas*. Siglo XXI. Editorial México, 1986. p. 18.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

RODO, José Enrique. *Ariel-Motivos de Proteo*. Biblioteca Ayacucho. Caracas. 1976.

ZEA, Leopoldo. *Fuentes de la cultura latinoamericana*. Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

-----, Compilador. *Pensamiento positivista latinoamericano*. Biblioteca Ayacucho. Caracas. 1980.

-----, *América Latina en sus ideas*. Siglo XXI editores. México, 1986.

MADRIGAL, Luis Iñigo. Coordinador. *Historia de la literatura Hispanoamericana*. Tomo II. Ediciones Cátedra. Madrid. 1989.

VARIOS AUTORES. *Iberoamérica. Una comunidad*. Monte Avila Editores Latinoamericana. Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid. 1989.

HENRIQUEZ UREÑA, Max. *Breve Historia del Modernismo*. Fondo de Cultura Económica. México. 1954.

VARIOS AUTORES. *Poesía Hispanoamericana Moderna*. Edit. de la Universidad Simón Bolívar. Costa Rica. 1982.

VARIOS AUTORES. Compilador: Leopoldo Zea. *Pensamiento Positivista Latinoamericano*. Biblioteca Ayacucho. Caracas. 1980.